





# El tambor de hojalata



ALFAGUARA



Günter Grass

## El tambor de hojalata

Traducción de Miguel Sáenz  
(con la colaboración de Grita Loeb sack)

---

ALFAGUARA



Título original: *Die Blechtrommel*

© 1959, por Hermann Luchterhand Verlag Darmstadt  
und Neuwied

© 1997, Steidl Verlag, Göttingen

© De la traducción: Miguel Sáenz

© De esta edición:

D. R. © Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V., 2009

Av. Universidad 767, Col. del Valle

México, 03100, D.F. Teléfono 5420 7530

[www.alfaguara.com.mx](http://www.alfaguara.com.mx)

Primera edición: noviembre de 2009

ISBN: 978-607-11-0323-9

Diseño:

Proyecto de Enric Satué

© Ilustración de cubierta:

Günter Grass

Impreso en México

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

*Para Anna Grass*





*Los personajes y la trama de este libro son imaginarios.  
Cualquier semejanza con personas vivas o muertas  
es sólo casual.*



# Libro primero



---

## *La ancha falda*

Lo reconozco: estoy internado en un establecimiento psiquiátrico y mi enfermero me observa, casi no me quita el ojo de encima; porque en la puerta hay una mirilla, y el ojo de mi enfermero es de ese color castaño que a mí, que soy de ojos azules, no es capaz de calarme.

De modo que mi enfermero no puede ser enemigo mío. Le he tomado afecto y, en cuanto entra en mi cuarto, le cuento a ese mirón sucesos de mi vida, para que, a pesar de ese estorbo de la mirilla, me vaya conociendo. El muy buenazo parece apreciar mis relatos, porque, en cuanto le meto alguna trola, me muestra, para demostrarme su agradecimiento, su última figura hecha de nudos. Si es o no un artista podría discutirse. Sin embargo, una exposición de sus creaciones sería bien acogida por la prensa e incluso atraería compradores. Anuda cordeles corrientes, que recoge y desenreda en las habitaciones de sus pacientes después de la hora de visita, convirtiéndolos en complicados fantasmas cartilagosos que sumerge después en yeso, deja que se endurezcan y pincha luego en agujas de hacer punto, sujetándolas a pequeñas peanas de madera.

Con frecuencia juega con la idea de dar color a sus obras. Yo se lo desaconsejo, le señalo mi cama de metal esmaltada de blanco y lo invito a imaginarse esa cama perfectísima pintada de colores. Espantado, se da una palmada con sus manos de enfermero en la cabeza, trata de expresar, con aire un tanto rígido, todos los horrores a un tiempo y abandona sus proyectos polícromos.

Así pues, mi cama metálica esmaltada de blanco marca la pauta. Para mí significa más incluso: mi cama es el objetivo

finalmente alcanzado, es mi consuelo y podría convertirse en mi fe si la dirección del establecimiento me permitiera hacer algunos cambios: quisiera que la barandilla fuera más alta, para que nadie volviera a acercarse demasiado.

Una vez por semana, el día de visita interrumpe la tranquilidad que se va trenzando entre los blancos barrotes de metal. Entonces llegan los que me quieren salvar, a los que divierte quererme, los que en mí quisieran estimarse, respetarse y reconocerse a sí mismos. Qué ciegos, nerviosos, qué maleducados son. Con sus tijeras de uñas arañan mi barandilla esmaltada de blanco, con sus bolígrafos y lápices azules garrapatean en el esmalte monigotes alargados e indecentes. Mi abogado, en cuanto irrumpe con su ¡hola! en el cuarto, deja su sombrero de nailon sobre el poste izquierdo del pie de la cama. Mediante ese acto de violencia, me roba el equilibrio y la serenidad mientras dura su visita... y los abogados tienen muchas cosas que contar.

Después de haber depositado mis visitantes sus regalos sobre la mesita blanca, cubierta de hule, debajo de la acuarela de las anémonas, y una vez que han conseguido exponerme sus intentos de salvación previstos o en curso, y persuadirme a mí, a quien incansablemente quieren salvar, del alto nivel de su amor al prójimo, vuelven a complacerse en su propia existencia y me abandonan. Entonces entra mi enfermero, para ventilar el cuarto y recoger los cordeles de los paquetes de regalo. A menudo, después de ventilar, tiene tiempo aún para, sentado en mi cama y desenredando cordeles, difundir silencio hasta que acabo por llamar Bruno al silencio y al silencio Bruno.

Bruno Münsterberg —me refiero a mi enfermero, renuncio al juego de palabras— ha comprado por mi cuenta quinientas hojas de papel de escribir. Si la provisión no bastara, Bruno, que es soltero y sin hijos y procede del Sauerland, volvería a la pequeña papelería, que también vende juguetes, para proporcionarme el espacio no pautado que necesita mi capacidad de recordar, la cual espero que sea exacta. Nunca hubiera podido pedir ese favor a mis visitantes, por ejemplo al abogado o a Klepp. Sin duda, su afecto obligado y solícito hacia mí ha-

bría impedido a esos amigos traerme algo tan peligroso como papel blanco y ponerlo a la libre disposición de esta mente mía que segrega sílabas sin cesar.

Cuando le dije a Bruno: «Oye, Bruno, ¿me comprarías quinientas hojas de papel virgen?», Bruno me respondió, mirando al techo y apuntando con el índice hacia él, con intención comparativa: «¿Quiere decir papel blanco, señor Oskar?».

Insistí en la palabreja y rogué a Bruno que la pronunciara también en la tienda. Cuando, a última hora de la tarde, volvió con el paquete, me pareció un Bruno agitado por sus pensamientos. Varias veces y con persistencia miró al techo, del que derivaban todas sus inspiraciones, y un poco más tarde manifestó: «Me recomendó usted la palabra adecuada. Pedí papel virgen y la vendedora se puso roja como un tomate antes de traérmelo».

Temiendo una larga conversación sobre las vendedoras de papelerías, lamenté haber llamado virgen al papel y por eso guardé silencio, esperé a que Bruno hubiera salido del cuarto y sólo entonces abrí el paquete de las quinientas hojas de papel de escribir.

Levanté y sopesé, no por mucho rato, aquel paquete resistente y flexible. Saqué diez hojas y guardé el resto en la mesilla de noche; encontré la estilográfica en el cajón, junto al álbum de fotos: está llena, tinta no me faltará, ¿por dónde empiezo?

Se puede empezar una historia por la mitad y sembrar audazmente la confusión yendo adelante y atrás. Uno se las puede dar de moderno, suprimir épocas y distancias, y anunciar luego, o hacer que se anuncie, que ha resuelto por fin y en última instancia el problema espaciotemporal. Se puede afirmar también de entrada que hoy es imposible escribir una novela, para luego, por decirlo así como quien no quiere la cosa, aparecer con un enorme éxito de ventas y, en definitiva, quedar como el último novelista imaginable. Me han dicho que hace buena impresión y resulta modesto comenzar afirmando que hoy no hay héroes de novela porque ya no hay individualistas, porque se ha perdido la individualidad, porque el ser humano

está solo, todos los seres humanos igual de solos, sin derecho a la soledad individual, y formando una sola masa solitaria, anónima y sin héroes. Es posible que todo eso sea así y tenga su razón de ser. Sin embargo, en cuanto a mí, Oskar, y mi enfermero Bruno, quisiera afirmar que los dos somos héroes, héroes muy distintos, él detrás de la mirilla y yo delante de la mirilla; y, cuando abre la puerta, los dos, pese a nuestra amistad y soledad, no somos una masa sin nombres ni héroes.

Comienzo lejos de mí; porque nadie debiera describir su vida si no es suficientemente paciente para, antes de documentar su propia existencia, recordar al menos a la mitad de sus abuelos.

A todos ustedes, que tienen que llevar fuera de mi establecimiento psiquiátrico una vida enrevesada, a vosotros, amigos y visitantes semanales que nada sospecháis de mi provisión de papel, os presento a la abuela materna de Oskar.

Mi abuela Anna Bronski estaba sentada en sus faldas a caer la tarde de un día de octubre, al borde de un patatal. Por la mañana se habría podido ver cómo mi abuela sabía rastrillar en montones regulares aquellas plantas flácidas, al mediodía se comió una rebanada de pan con manteca endulzada con melaza, luego había vuelto a remover la tierra con la azada por última vez y finalmente se había sentado en sus faldas, entre dos cestos casi repletos. Delante de sus botas, cuyas suelas miraban hacia arriba con las puntas inclinadas hacia dentro, ardía sin llama un fuego de plantas de patata, que a veces revivía asmáticamente enviando su humareda baja y molesta por la superficie del suelo, ligeramente en declive. Corría el año noventa y nueve, y mi abuela estaba en el corazón de la Cachubia, cerca de Bissau y todavía más cerca del ladrillar; delante de Ramkau estaba, detrás de Viereck, en dirección a la carretera de Brentau, entre Dirschau y Karthaus, y, con el negro bosque de Goldkrug a la espalda, permanecía sentada, revolviendo patatas bajo el rescoldo con una vara de avellano de punta carbonizada.

Si acabo de mencionar expresamente la falda de mi abuela y he dicho con suficiente claridad, espero: estaba sentada en sus faldas... Si incluso titulo este capítulo «La ancha falda» es



porque sé cuánto debo a esa prenda de vestir. Mi abuela no llevaba sólo una falda, sino cuatro faldas una encima de otra. No era como si llevara una falda y tres enaguas; llevaba cuatro faldas, una falda llevaba a otra, pero llevaba las cuatro siguiendo un sistema que diariamente alteraba el orden de las faldas. La que ayer estaba encima quedaba hoy inmediatamente debajo, y la segunda era la tercera. La que ayer era la tercera falda era hoy la más próxima a la piel. La que estaba más próxima ayer permitía hoy ver claramente su dibujo, es decir, ninguno: las faldas de mi abuela Anna Bronski preferían todas el mismo color patata. Ese color debía de sentarle bien.

Además de por ese color, las faldas de mi abuela se caracterizaban por un derroche de tela extravagante. Se redondeaban con amplitud, se abombaban cuando soplaban el viento, languidecían cuando éste se cansaba, restallaban cuando pasaba el viento, y las cuatro la precedían flotando cuando lo tenía en popa. Cuando se sentaba, mi abuela reunía las faldas a su alrededor.

Junto a esas cuatro faldas constantemente hinchadas, colgantes, con pliegues o rígidas y vacías, que se quedaban de pie junto a su cama, mi abuela tenía una quinta falda. Esta quinta prenda no se distinguía en nada de las otras cuatro de color patata. Y la quinta falda tampoco era siempre la misma quinta falda. Como sus hermanas —las faldas son del género femenino—, estaba sometida a rotación, formaba parte de las cuatro faldas que mi abuela llevaba y, como ellas, cuando le llegaba su turno, tenía que pasar cada quinto viernes al barreño de lavar y el sábado a la cuerda de tender ante la ventana de la cocina y, una vez seca, a la tabla de planchar.

Cuando, después de uno de esos sábados de limpiar-cocinar-lavar-y-planchar, tras ordeñar y dar de comer a las vacas, mi abuela se metía toda ella en la tina, abandonaba algo de sí misma en la espuma de jabón, dejaba que el agua se le escurriera otra vez hacia la tina y se sentaba en una toalla de grandes flores al borde de la cama, tenía ante ella extendidas sobre el entarimado las cuatro faldas usadas y la quinta recién lavada. Se sostenía con el índice derecho el párpado inferior del ojo del mis-

mo lado, no se dejaba aconsejar por nadie, ni siquiera por su hermano Vincent, y así llegaba enseguida a una conclusión. Se levantaba descalza y echaba a un lado, con los dedos de los pies, la falda cuyo color patata había perdido más brillo. Y la prenda limpia ocupaba entonces el lugar vacante.

En honor de Jesucristo, sobre quien tenía ideas muy firmes, el domingo siguiente por la mañana, cuando iba a la iglesia de Ramkau, quedaba inaugurado el renovado orden de sus faldas. ¿Dónde llevaba mi abuela la falda lavada? Como no sólo era una mujer limpia sino también algo vanidosa, llevaba la mejor prenda a la vista y, si el tiempo era bueno, al sol.

Aquel día, sin embargo, era una tarde de lunes cuando mi abuela estaba sentada tras el fuego con las patatas. La falda del domingo se había acercado a ella un puesto el lunes, mientras que la prenda que había disfrutado del calor de su piel el domingo le caía el lunes melancólicamente desde las caderas, por encima de las otras, como correspondía a un lunes. Ella silbaba, sin pensar en canción alguna, y, con su vara de avellano, fue extrayendo de la ceniza la primera patata que estuvo a punto. Empujó la papa suficientemente lejos del montón de plantas humeante para que el viento le pasara por encima y la enfriara. Una rama puntiaguda pinchó entonces el tubérculo ennegrecido y de corteza reventada, y mi abuela lo sostuvo ante su boca, que no silbaba ya sino que, entre unos labios resecos y agrietados por el viento, soplaba la ceniza y la tierra de la piel de la patata.

Al soplar, mi abuela cerraba los ojos. Cuando creyó haber soplado bastante, abrió un ojo tras otro, mordió con unos incisivos que dejaban ver entre ellos pero por lo demás eran perfectos, y liberó enseguida su dentadura, aunque manteniendo la media patata, demasiado caliente aún, harinosa y humeante, en la abierta cavidad de la boca y mirando fijamente, con ojos muy redondos, por encima de las aletas dilatadas de su nariz, que aspiraban el humo y el aire de octubre, a lo largo de los campos, hasta el cercano horizonte, dividido por los postes de telégrafo y un tercio superior escaso de la chimenea del ladrillar.

Algo se movía entre los postes de telégrafo. Mi abuela cerró la boca, frunció los labios, entornó los ojos y se pasó la patata dentro de la boca de un lado a otro. Algo se movía entre los postes de telégrafo. Algo daba saltos por allí. Tres hombres saltaban entre los postes, los tres iban hacia la chimenea, rodeándola luego por delante, y uno se volvió, tomó carrerilla de nuevo, parecía ancho y bajo, logró pasar por encima del ladrillar, y los otros dos, más delgados y altos, pasaron también, aunque muy justo, estaban ahora otra vez entre los postes, pero el bajo y ancho zigzagueaba y, bajo y ancho, parecía más apresurado que los altos y delgados, los otros saltarines, que tuvieron que volver a la chimenea porque el otro rodaba ya hacia el lado opuesto cuando ellos, a una distancia de dos saltos de pulgar, tomaron carrerilla de nuevo y desaparecieron de pronto, habían perdido el interés, eso parecía, y también el bajo cayó tras el horizonte, en mitad de su salto desde la chimenea.

Allí se quedaron, descansando o cambiándose de traje, o haciendo ladrillos y recibiendo un sueldo por ello.

Cuando mi abuela quiso aprovechar la pausa y ensartar otra patata, pinchó en vacío. Porque el que parecía ser bajo y ancho trepaba con el mismo traje sobre el horizonte, como si éste fuera una empalizada, como si hubiera dejado a los dos saltarines que lo seguían detrás de la cerca, entre los ladrillos o en la carretera de Brentau, y sin embargo tenía prisa, quería ser más rápido que los postes de telégrafo, daba saltos largos y lentos por el campo, hacía desprenderse el barro de sus suelas, brincaba para alejarse del barro, pero, por mucho que saltara, seguía arrastrándose tenazmente por la arcilla. Y a veces parecía quedarse pegado abajo, y otras permanecer inmóvil en el aire, de forma que tenía tiempo para, bajo pero ancho, limpiarse la frente antes de volver a hincar la pierna libre en aquel campo recién arado que, junto a las cinco yugadas de patatas, tendía sus surcos hacia la cañada.

Y consiguió llegar a la cañada, pero apenas había desaparecido, bajo y ancho, en la cañada cuando también los otros dos, altos y delgados, que entretanto habían visitado quizá el ladrillar, trepaban ya sobre el horizonte, y se metieron con sus

botas por el barro, muy altos y delgados pero sin llegar a flacos, de forma que mi abuela fue otra vez incapaz de ensartar su patata; porque algo así no se veía todos los días, que tres personas crecidas, aunque crecidas de distinto modo, saltaran alrededor de los postes de telégrafo, rompieran casi la chimenea del ladrillar y luego con intervalos, primero el bajo y ancho y luego los altos y delgados, pero los tres con el mismo esfuerzo, con tenacidad y arrastrando cada vez más barro, dieran saltos, después de limpiarse, por el campo labrado dos días antes por Vinzent, y desaparecieran en la cañada.

Ahora habían desaparecido los tres, y mi abuela se atrevió a ensartar una patata casi fría. Sopló fugazmente tierra y ceniza de la piel, se la metió entera, acto seguido, en la cavidad bucal, y pensó, si es que pensaba: deben de ser del ladrillar, y seguía masticando circularmente cuando uno de ellos salió de un salto de la cañada, miró fieramente a su alrededor sobre un bigote negro, dio dos saltos hacia el fuego, se quedó a la vez delante, detrás y junto al fuego, maldecía aquí, tenía miedo allá, no sabía adónde ir, volver no podía porque detrás venían los delgados por la cañada, de forma que se daba golpes, se daba golpes en las rodillas y tenía unos ojos en la cabeza que querían salirse los dos, y le saltaba también el sudor de la frente. Y jadeante, con el bigote tembloroso, se permitió arrastrarse más cerca, acercarse arrastrándose hasta llegar delante de las suelas de la abuela; se acercó mucho arrastrándose hasta ella, como un animal pequeño y ancho, de forma que mi abuela tuvo que suspirar, no pudo seguir masticando la patata, inclinó las suelas de los zapatos y no pensó más en el ladrillar, en ladrillos, ladrilleros o ladrilladores, sino que se levantó la falda, no, levantó en alto sus cuatro faldas, todas tan alto que el que no era del ladrillar, aunque sí bajo pero ancho, pudo meterse por completo debajo y desapareció con su bigote y dejó de parecer un animal y no fue ya de Ramkau ni de Viereck, estaba con su miedo bajo la falda y no se daba ya golpes en las rodillas, no era ancho ni bajo pero ocupaba sin embargo su lugar, y olvidó jadeos, temblores y manos sobre las rodillas: se hizo un silencio como el del primer día o el último, un poquito de viento charlaba con

el fuego de patata, los postes de telégrafo se contaban en silencio a sí mismos, la chimenea del ladrillar mantenía su postura, y ella, mi abuela, se alisaba la falda superior sobre la segunda falda, suave y sensatamente, sintiéndolo a él apenas bajo la cuarta falda, y no había comprendido aún con su falda tercera aquello que pretendía ser para su piel nuevo y sorprendente. Y como aquello era sorprendente, pero la falda de arriba era razonable y la segunda y tercera no habían comprendido aún, sacó dos o tres patatas de la ceniza, cogió cuatro crudas del cesto que había bajo su codo derecho, fue empujando una tras otra las papas crudas al rescoldo, las cubrió con más ceniza y hurgó, de forma que la humareda reviviera... ¿Qué otra cosa hubiera podido hacer?

Apenas se habían sosegado las faldas de mi abuela, apenas la espesa humareda del fuego de planta de patata, que por los violentos golpes en las rodillas, los cambios de sitio y el hurgar había perdido su dirección, se había vuelto a arrastrar amarilla sobre el campo, según el viento, hacia el suroeste, la cañada escupió a los dos largos y delgados que perseguían al tipo bajo pero ancho que ahora habitaba bajo las faldas, y se vio que, altos y delgados, por su profesión, llevaban el uniforme de la gendarmería rural.

Casi pasaron disparados junto a mi abuela. ¿No saltó incluso uno de ellos sobre el fuego? Sin embargo, de repente tuvieron tacones y en los tacones el cerebro, frenaron, se dieron la vuelta, se acercaron con sus botas, se detuvieron con uniforme y botas en medio de la humareda y, tosiendo, sacaron de la humareda sus uniformes, llevándose jirones de la humareda con ellos, y, sin dejar de toser cuando se dirigieron a mi abuela, quisieron saber si había visto al Koljaiczek, porque tenía que haberlo visto, dado que estaba sentada al lado de la cañada y él, ese Koljaiczek, se había escapado por la cañada.

Mi abuela no había visto a ningún Koljaiczek porque no conocía a ningún Koljaiczek. Quiso saber si no sería del ladrillar, porque ella sólo conocía a los del ladrillar. Los uniformes, sin embargo, le describieron al Koljaiczek como alguien que nada tenía que ver con el ladrillar y era más bien bajo y an-

cho. Mi abuela recordó que había visto a alguien así corriendo e, insinuando un objetivo, señaló con una patata humeante clavada en una rama puntiaguda en dirección a Bissau, que, según la patata, debía de encontrarse entre el sexto y el séptimo poste de telégrafos, contando desde la chimenea del ladrillar hacia la derecha. Sin embargo, si aquel corredor había sido el Koljaiczek mi abuela no lo sabía, y disculpó su ignorancia con el fuego que tenía ante sus suelas; le daba bastante que hacer, dijo, ardía sólo regular y por eso no podía ocuparse de otra gente que corriera por allí o se quedara en la humareda; en general, dijo, no se ocupaba nunca de la gente que no conocía, sólo sabía quiénes había en Bissau, Ramkau, Viereck y el ladrillar... Con eso le bastaba.

Cuando mi abuela hubo dicho eso, suspiró un poquito, pero suficientemente fuerte para que los uniformes quisieran saber qué motivo había para suspirar. Ella inclinó la cabeza hacia el fuego, lo que quería decir que había suspirado por aquel fuegucillo insuficiente y también, un poco, por la mucha gente que había en la humareda, mordió luego de la patata la mitad con sus incisivos muy separados, se entregó por completo a masticar y dejó que sus ojos se desplazaran hacia arriba a la izquierda.

Los de los uniformes de la gendarmería rural no pudieron sacar nada en limpio de la mirada ausente de mi abuela, ni sabían si debían buscar Bissau detrás de los postes de telégrafo, y, por ello, de momento pincharon con las armas que llevaban a su costado los montones de plantas cercanos que aún no ardían. Obedeciendo a una súbita inspiración, volcaron casi al mismo tiempo los dos cestos casi llenos de patatas que había bajo los codos de mi abuela, y durante mucho rato no comprendieron por qué rodaban sólo patatas del mimbre ante las botas de ella y no algún Koljaiczek. Recelosos, rodearon el hoyo en que habían caído las patatas, como si en tan corto tiempo el Koljaiczek hubiera podido hundirse en él, y pincharon también con decisión, echando de menos algún grito del pinchado. Sus sospechas se dirigieron a todo arbusto, por venido a menos que estuviera, toda guarida de ratón, toda topera y, una y otra vez, mi abuela, que

estaba allí como si hubiera echado raíces, lanzaba suspiros, retraía las pupilas bajo los párpados de forma que dejaba ver el blanco del ojo y recitaba los nombres cachubos de todo el santoral... Todo ello acentuado, plañideramente e *in crescendo*, a causa de un fuegucillo insuficiente y dos cestos de patatas volcados.

Los uniformes se quedaron allí su buena media hora. A veces estaban lejos; luego, otra vez cerca del fuego, tomaban como referencia la chimenea del ladrillar, querían ocupar Bissau, aplazaban el ataque y tendían sus manos rojiazules hacia el fuego, hasta que recibieron cada uno de mi abuela, sin que ella interrumpiera los suspiros, una patata reventada con su ramita. Sin embargo, con la patata a medio mascar, los uniformes se acordaron de sus uniformes, recorrieron un tiro de piedra por el campo, a lo largo de la retama de la cañada, y asustaron a una liebre, que sin embargo no se llamaba Koljaiczek. Junto al fuego volvieron a encontrar las papas harinosas con aroma a caliente y decidieron pacíficos, aunque también un poco cansados de la lucha, volver a meter las papas crudas en aquellos cestos que antes habían volcado cumpliendo su deber.

Sólo cuando el caer de la noche exprimió del cielo de octubre una llovizna oblicua y un crepúsculo de tinta atacaron rápidamente y sin ganas una roca distante que se iba volviendo cada vez más oscura, y se dieron por satisfechos una vez liquidada. Todavía un poco más de estirar las piernas y de extender unas manos bendicidoras sobre el fuegucillo pasado por agua, de humareda ancha y larga, todavía toser otra vez en la humareda verde, ojos lagrimeantes en la humareda amarilla, y luego alejarse pesadamente con toses y lagrimeo en dirección a Bissau. Si el Koljaiczek no estaba allí, el Koljaiczek debía estar en Bissau. Los gendarmes rurales sólo suelen conocer dos posibilidades.

El humo del fuego que agonizaba despacio envolvía a mi abuela como una quinta falda, tan amplia que, con sus cuatro faldas, con sus suspiros y nombres de santos, ella se encontraba, como el Koljaiczek, bajo una falda. Sólo cuando los uniformes, todavía oscilantes, se convirtieron despacio en la noche en puntos tambaleantes entre los postes de telégrafo, se levantó mi abuela, con tanto esfuerzo como si hubiera echado raíces e interrump-

piera ahora, arrastrando consigo hilos y tierra, un crecimiento apenas iniciado.

El Koljaiczek tuvo frío cuando, bajito y ancho, se encontró de pronto sin capota bajo la lluvia. Rápidamente se abrochó el pantalón que el miedo y una infinita necesidad de refugio le habían hecho abrirse bajo las faldas. Manipuló con premura los botones, temiendo un enfriamiento demasiado rápido de su émbolo, porque el tiempo estaba lleno de peligros otoñales de catarro.

Fue mi abuela la que encontró aún cuatro patatas calientes bajo la ceniza. Tres se las dio al Koljaiczek y una se la dio a sí misma y, antes de morderla, le preguntó todavía a él si era del ladrillar, aunque tenía que saber que el Koljaiczek venía de cualquier parte menos de los ladrillos. Tampoco esperó su respuesta, sino que lo cargó a él con el cesto más ligero, se inclinó bajo el más pesado y le sobró todavía una mano para el rastrillo y el azadón, y se hizo luego a la vela en sus cuatro faldas, con cesto, patatas, rastrillo y azadón, rumbo a Bissau-Abbau.

Aquello no era Bissau propiamente dicho. Estaba más bien en dirección a Ramkau. Dejando el ladrillar a la izquierda, se dirigieron al negro bosque donde estaba Goldkrug y, detrás, Brentau. Pero antes del bosque, en una hondonada, estaba Bissau-Abbau. Allí, bajo y ancho, Joseph Koljaiczek siguió a mi abuela, incapaz de despegarse ya de sus faldas.

### *Bajo la balsa*

No me resulta fácil, en la refregada cama metálica de un establecimiento psiquiátrico y tumbado en el campo visual de una mirilla armada del ojo de Bruno, describir la humareda de un fuego de patata cachubo ni el rayado diagonal de una lluvia de octubre. Si no tuviera el tambor, al que, si se maneja con habilidad y paciencia, se le ocurren todos los detalles necesarios para trasladar al papel lo esencial, y si no tuviera permiso del establecimiento para hacer que mi hojalata hable tres o cuatro horas diarias, yo sería un pobre diablo sin abuelos conocidos.